

CELEBRAR AL SANTO PATRONO O CONSPIRAR CONTRA EL GOBIERNO: LEVANTAMIENTOS YAQUIS Y FIESTAS PATRONALES

Zulema Trejo
El Colegio de Sonora
<https://orcid.org/0000-0002-9639-6235>

Las rebeliones indígenas son tema constante de los estudios históricos desde muy diversos enfoques, por lo cual podría pensarse que no hay nada más que aportar al respecto salvo ir aumentando el número de casos estudiados en diversos espacios geográficos y épocas. Sin embargo, esta visión pesimista no toma en cuenta que cada acontecimiento histórico es un mundo en sí mismo, con múltiples aristas que pueden y deben ser estudiadas desde diferentes puntos de vista. Una de estas aristas es la relación de las rebeliones indígenas con las fiestas de los santos patronos de sus pueblos. La vinculación de un levantamiento indígena y su relación con festividades religiosas como alguna advocación de la virgen o algún santo se han estudiado tanto en el contexto sudamericano como en el mexicano. Por ejemplo en el artículo «Fiestas, borracheras y rebeliones», los autores exploran como en el contexto de las celebraciones y el alcohol la catarsis por los agravios recibidos pueden explotar en un motín, o servir como punto de partida para una rebelión; otro ejemplo similar es el que se revisa en el trabajo «Los veinticuatro electores incas y los movimientos sociales y políticos...», que estudia como la figura del alférez indígena y la fiesta de Santiago Apóstol sirvieron como base simbólica para la participación de los incas en estas rebeliones.

En el caso mexicano los aspectos religiosos de los levantamientos indígenas se han centrado más en la investigación de rebeliones a las cuales se ha caracterizado como mesiánicas, por ejemplo, la del indígena Hilario en la Mixteca, quien se declaró a sí mismo Dios (Bárceñas). Para Sonora el aspecto simbólico de las rebeliones indígenas se ha centrado en el levantamiento de Juan Ignacio Jusacamea, «la bandera», quien tomó por estandarte una imagen de la virgen de Guadalupe. Sin embargo, más allá del significado que pudo tener este estandarte no se ha estudiado la organización e inicio de la rebelión durante la celebración de un santo patrono en específico. En otro tenor Raquel Padilla menciona que «Las fiestas patronales dan sentido a su calendario [el yaqui] y representan un despliegue de símbolos comunitarios y personales» (Padilla Ramos, 2009: 76).

Hasta el momento he podido identificar tres rebeliones cuyo inicio coincide con la celebración de una fiesta patronal, la primera es una rebelión de yaquis y mayos cuyos inicios se sitúan en el pueblo de Camoa durante los festejos de la Candelaria, la otra es una rebelión de yaquis en 1856 la cual inició en la fiesta de San Ignacio y por último un connato de rebelión protagonizado por yaquis y papagos en el transcurso de las fiestas de Santa Magdalena, San Ignacio y San Francisco.

EL TERRITORIO

El territorio donde se produjo la rebelión de yaquis y pápagos fue parte de las misiones fundadas por la Compañía de Jesús en el transcurso del siglo XVII, de acuerdo con Sergio Ortega el avance de los jesuitas hacia estos territorios se hizo siguiendo el curso de los ríos Sonora, San Miguel, Moctezuma y Bavispe (Noriega). Dado la fertilidad de las tierras donde se ubicaron las misiones, el conflicto entre misioneros y vecinos fue intermitente a lo largo del período colonial. La conflictividad entre los pueblos de misión y sus vecinos no finalizó cuando se pasó de colonia a país independiente, los litigios por límites de tierras, así como por el acceso al agua fueron constantes a lo largo de la centuria decimonona. Conflictos aparte, Magdalena y el pueblo de San Ignacio se consideraban poblados prósperos en la primera mitad del siglo XIX. Magdalena formaba parte de la prefectura de San Ignacio juntamente con los pueblos de Terrenate, Ímuris, Cocospera, Tumacacori y Cieneguilla. A fines de la década de 1850 «Magdalena is a large place, and must formerly have been much larger than it now is [...] Houses in ruins, fences badly kept, a church that threatens to fall down every time mass is said in it, dirty streets, and a general appearance of decay (Box, 1869: 274). Otro viajero, Charles Stone, escribió que la decadencia de Magdalena se debía

a que estaba expuesta al ataque de los apaches. Stone calculó que para 1859 habitaban alrededor de 2.000 personas en esta población. Asimismo, mencionó que dos factores hacían de Magdalena una población importante: la feria anual (fiestas de San Francisco) y segundo, el intercambio comercial con algunas poblaciones de Arizona, a las cuales proporcionaba maíz, harina y carne entre otras mercancías (Stone). San Ignacio, la otra población importante para el suceso que analizo en este trabajo, se describió como un lugar agradable «once of some importance; and just now again beginning to show some signs of its former prosperity returning. The is a fine Catholic church in this place, where a French priest officiates» (Box, 1869: 166). A diferencia de Magdalena, la importancia de San Ignacio radicaba en la fertilidad de las tierras que lo rodeaban, así como de la cercanía de algunas minas de cobre.

San Ignacio y Magdalena fueron las dos poblaciones principales en las que se escenificó la rebelión de los yaquis y ópatas en 1840. Un papel no menos importante, en términos geográficos, fue el que jugaron las haciendas La labor, El chino gordo, El Álamito todas ubicadas en las márgenes del río Sonora. En la primera de ellas se congregaron los yaquis antes de encaminarse hacia Magdalena y San Ignacio, asimismo fue desde este lugar que las autoridades descubrieron que se estaban enviando mensajeros a los indios que habitaban en los ranchos y haciendas cercanos. El chino gordo fue el lugar a donde regresaban los negociadores, o iban las autoridades con el fin de reanudar la negociación.

LA DEVOCIÓN A SANTA MAGDALENA, SAN IGNACIO Y SAN FRANCISCO

En el siglo XIX la celebración del día de San Francisco era tan importante como lo es ahora, de hecho, la relevancia de esta festividad le valió descripciones amplias en libros publicados por viajeros norteamericanos que visitaron Sonora en la primera mitad del XIX. Una de las descripciones más detalladas la proporcionó John Bartlett Russel que en su relato describió la celebración religiosa, los bailes, los juegos de cartas y las vendimias que se realizaban en la plaza. (Bartlett, 1854). De acuerdo con este viajero norteamericano la fiesta de Magdalena era tan grande y concurrida porque celebraba más el milagro de la fundación, que la vida de San Francisco.

La parte culminante de la celebración religiosa tenía tres momentos: el camino de los penitentes, la consagración de los listones y la procesión. El primero consistía

[...] prostate themselves, and, with their hands crossed on their breasts, advance on their knees a hundred feet or more to the church. Both men and women are thus seen toiling over the dusty street and brick pavement of the church to the presence of the Saint, who is laid out beneath the dome and in front of the altar. When the votaries reach the bier, they cross themselves, and with outstretched arms repeat their prayers. They then rise to their feet, and, drawing nearer, present their offerings. They then rise to their feet, and, drawing nearer, present their offerings (Bartlett, 1854: 25).

La consagración de los listones se realizaba por la tarde en el interior de la iglesia, concretamente frente al altar y alrededor de la figura de San Francisco, que estaba cubierto de listones. A diferencia de la penitencia de la mañana, en la tarde un oficiante¹ se encargaba de repartir estos listones entre los congregados una vez que los hubiera frotado en la figura del santo. Por ejemplo, si el asistente pedía un listón para aliviar su dolor de cabeza, este era frotado en la cabeza de San Francisco y se le entregaba al feligrés. La ceremonia terminaba una vez que todos los asistentes tenían en sus manos el listón que los sanaría milagrosamente.

La procesión se realizaba el 4 de octubre por la tarde. La figura de San Francisco se cargaba en hombros primero por la plaza siguiendo el trazo de una cruz, posteriormente se paseaba por algunas de las calles y regresaba a la iglesia. Al frente de la procesión se encontraba el sacerdote de la parroquia, un grupo de mujeres que portaban velas y el resto de los asistentes que desearan unirse. A la vez que la procesión avanzaba se lanzaban cohetes, que según reporta Bartlett, dejaban de lanzarse hasta que la figura del santo se depositaba de nuevo en la iglesia.

John Bartlett menciona que las festividades religiosas aunadas a las propias de una feria (baile, juegos de cartas, lotería, venta de bebidas alcohólicas) causaban tanta algarabía que la situación se tornaba confusa. En este contexto de fiesta es probable que cualquier desorden pasara desapercibido; asimismo la presencia de numerosos grupos de yaquis, ópatas y pimas no suscitaba ningún recelo puesto que año con año solían acudir a la fiesta de San Francisco.

La fiesta a Santa Magdalena o virgen de Magdalena, como la llamó el norteamericano Michael J. Box, también era importante en la época que él visitó Sonora. Por lo que escribió en su libro se puede inferir que a sus ojos tenía más relevancia que la de San Francisco, pues si bien

¹ Bartlett menciona que se trataba de un franciscano.

habló de ella la referencia que hizo fue breve y general. Box señaló que en la iglesia de Magdalena se encontraba la figura de Santa Magdalena, la cual «has a shirene held in great veneration» (Box, 1869: 274). La celebración de Santa Magdalena, al igual que la de San Francisco, congregaba peregrinos de todo el norte de México, quienes solicitaban la curación de sus enfermedades físicas, o de consciencia².

A ojos de este norteamericano lo más notable de la celebración eran los bailes. Sin embargo, a diferencia de Bartlett que describió los bailes como una de las diversiones que formaban parte de las fiestas, sin relación con la veneración de San Francisco, el baile al que Box se refirió tenía connotaciones religiosas «Dancing is a principal ingredient in a Mexican's religion, as it is in a Sheker's though the Mexican's dancing is some what the more cheerful» (Box, 1869: 274). La referencia a la danza como parte de esta festividad religiosa, me lleva a pensar en quiénes podrían haberla realizado. Lo más factible es suponer que lo hacían los indígenas que acudían a la peregrinación, pero ¿cuáles? La respuesta a este cuestionamiento queda pendiente para próximas investigaciones.

Ignacio de Loyola es el fundador de la Compañía de Jesús por lo que no resulta extraño que tras su canonización en 1622 fuera elegido santo patrono de muchas de las misiones fundadas por los jesuitas. Una de esas poblaciones fue el pueblo protagonista de la rebelión de 1840, San Ignacio de Cabórica. En las fuentes revisadas hasta el momento no cuento con una descripción de la fiesta de San Ignacio celebrada en este lugar. Los libros de viajeros que hasta ahora me han servido para la descripción de las fiestas patronales, no registran la de San Ignacio. Sin embargo, puedo inferir que la celebración no debió diferir mucho de las realizadas para festejar a San Francisco y Santa Magdalena, de hecho, en los informes de la rebelión se habla de paseos por el pueblo lo que podría aludir a procesiones.

De estas tres festividades hay que destacar varios aspectos: primero que permitía la reunión de grandes contingentes de indígenas provenientes de varios lugares del estado sin dar lugar a sospechas; segundo, que las celebraciones en honor a Santa Magdalena y San Ignacio eran continuas. Santa Magdalena se celebraba el 22 de julio en el poblado del mismo nombre, y San Ignacio el 23 del mismo mes en el pueblo homónimo, el cual dista diez kilómetros de Magdalena. La fiesta de San Francisco se celebra aproximadamente dos meses después de las de Magdalena y San Ignacio, aunque dos meses parecieran un tiempo relativamente largo para que esta celebración pudiera haber servido como contexto de la rebelión lo cierto es que siguió cobijando la rebelión como veremos a continuación.

LA REBELIÓN

En julio de 1840 las festividades realizadas en Magdalena y San Ignacio tuvieron un matiz diferente a las de años anteriores por varios motivos, primero porque el grupo de yaquis que llegó a las inmediaciones de San Ignacio estaba armado. Segundo, el grupo estaba liderado por dos gobernadores y un capitán de guerra. Tercero, al grupo original de yaquis se les fueron uniendo ópatas y pimas bajos provenientes de los ranchos y haciendas ubicados a los alrededores de San Ignacio y Magdalena.

La entrada de yaquis armados al pueblo de San Ignacio despertó suspicacias al subprefecto de distrito, aunque estos no hicieron ningún movimiento que pudiera significar algún peligro para quienes estaban en el pueblo. Aun así, el funcionario tomó la precaución de «[haber] ordenando que se acuartelasen algunos vecinos para que conservase el orden y tranquilidad»³. Esta medida precautoria fue, en opinión del prefecto, suficiente para mantener la paz en el transcurso de la fiesta y así se lo manifestó al gobernador.

Lo que el subprefecto sí consideró una amenaza latente fue que la cantidad de yaquis en la zona se incrementara y estuvieran acampando en las afueras de la hacienda La labor, desde la cual mandaban mensajeros a los pueblos y fincas rústicas ubicadas en la zona. Mayor preocupación le causó que, en lugar de unirse a la fiesta, los ópatas y pimas bajos que llegaban no entraron a San Ignacio para la celebración del santo patrono del pueblo, sino que se unieron a los yaquis que estaban fabricando flechas y lanzas en los alrededores del pueblo.

¿Por qué no atacaron los yaquis durante la fiesta?, al parecer no era su intención iniciar una rebelión, sino entablar negociaciones con las autoridades estatales. Los yaquis solicitaban que se liberara a los indígenas presos en la villa de Altar y que se le otorgara amnistía a todos los indios que hubieran participado en la rebelión anterior. Con la información que he revisado hasta el momento no puedo precisar de qué rebelión se trataba. En el período de 1837-1843

² Supongo que para Box las enfermedades de consciencia son una referencia a los pecados de los penitentes.

³ Archivo general del estado de Sonora, en adelante AGES, ramo Prefecturas, tomo 112, años 1840-1845.

aproximadamente, hubo varios conflictos armados entre ellos los liderados por Manuel María Gándara y José Urrea, y si bien los indígenas participaron apoyando a uno u otro bando, la rebelión que se menciona en 1840 parece no tener relación con esta lucha entre notables.

Volviendo a la fiesta. El contexto de la celebración cobijó tanto las negociaciones de los indígenas con el Gobierno, como la adhesión de ópatas y pimas al grupo de yaquis que participaban en la fiesta. La unión de las tres sociedades indígenas no se consideró buen presagio, sobre todo cuando la actitud negociadora de los indios dio paso a las amenazas. En un principio el gobernador de los yaquis que vivían en Quitovac, Juan Conejo, solicitó permiso para

pedirme licencia para reunir cuantos Yaquis pudiese a fin de ir con ellos al Altar, para reclamar y poner en libertad a los Papagos y Yaquis y Pimas, que han aprehendido allí y otros puntos, como promovedores del levantamiento de los Papagos, cuya pretensión confirma completamente los avisos y denuncios repetidos que como he dicho al principio recibía sin cesar esta subprefectura que le negó⁴.

En tanto Conejo intentaba convencer al subprefecto de que le permitiera ir a rescatar a los indígenas presos en Altar, los yaquis participaban, como lo hacían cada año, en la celebración, pero sin dejar sus armas. En tanto, sus gobernadores habían mandado mensajeros a las haciendas, ranchos y poblados cercanos a fin de que ópatas y pimas bajos se unieran a ellos. El punto de reunión de los tres pueblos originarios fueron los alrededores de Santa Ana y Magdalena, es decir, en un rango aproximado de quince kilómetros si tomamos Santa Ana como el punto más alejado de Magdalena.

Es necesario aclarar que los gobernadores a los cuales me refiero no son los de los ocho pueblos yaquis, sino los que gobernaban a los yaquis que habitaban en el distrito de Altar. En las fuentes se habla de dos gobernadores, uno de Quitovac y otro de El Claro, ambos se encontraban en la fiesta de Santa Magdalena. También estaban en ella el capitán Pedro Álvarez y el general de yaquis Bacasegüi.

Mientras la fiesta continuaba, también lo hacía la negociación entre autoridades y yaquis. En el desarrollo de estos acontecimientos es significativo que los indígenas, a pesar de estar armados, no hicieron ningún movimiento que pudiera considerarse una agresión, por el contrario, participaron en las fiestas y se retiraron a las afueras del pueblo en tanto continuaban las negociaciones con el subprefecto de distrito.

El detonante de la rebelión llegó en la forma de un exhorto del juez de paz de Altar para que se aprendiera a Ignacio Conejo y al capitán Álvarez, a quienes se acusaba de ser responsable de la rebelión que habían encabezado los pápagos. Este exhorto fue la gota que derramó el vaso puesto que el subprefecto abandonó sus negociaciones y ordenó la aprensión de Ignacio y Álvarez, al primero sí lo encarcelaron en tanto que el segundo eludió la prisión gracias a la protección que le brindaron los gobernadores, quienes se negaron a identificarlo.

El final de la fiesta significó también el fin de la paz. Los yaquis, molestos por la aprensión de Ignacio volvieron a entrar en el pueblo para exigir su libertad encabezados por su general Bacasegüi, y el capitán Álvarez. A esta demostración hostil se unieron los pimas y ópatas que habían acudido a las celebraciones de Santa Magdalena y San Ignacio. La demostración de fuerza de los indígenas obligó al subprefecto a retomar las negociaciones, esta vez con el general Bacasegüi a quien le prometió liberar a Conejo, siempre y cuando el general yaqui lo llevara preso a Altar.

Tal vez el amago de rebelión se hubiera solucionado con el acuerdo entre el subprefecto y el general yaqui, pero los vecinos del pueblo y otros que habían llegado –supongo que con motivo de la fiesta– se amotinaron al saber que Ignacio Conejo sería puesto bajo la custodia de Bacasegüi a fin de que este lo condujera a Altar. El enfrentamiento entre indígenas y vecinos estalló. Si bien los yaquis actuaron a la defensiva y se retiraron de San Ignacio, permanecieron en un punto medio entre esta población y Magdalena a la espera de los yaquis que venían de El Claro, aparentemente a participar en la fiesta de San Ignacio. Los yaquis provenientes de El Claro no llegaron a San Ignacio, por el contrario, se quedaron en los alrededores de Santa Anna y Santa Martha⁵ fabricando flechas y lanzas de igual forma que lo hacían los que estaban acampanando en algún punto entre Magdalena y San Ignacio⁶.

El acontecimiento que puede considerarse el inicio de la rebelión sucedió el 28 de julio. Ese día el general Bacasegüi reunió un grupo de yaquis para entrar en San Ignacio y liberar a Conejo.

⁴ AGES, ramo Prefecturas, tomo 112, año, 1840-1847.

⁵ Santa Anna y Santa Martha era dos haciendas ubicadas a seis kilómetros de Magdalena.

⁶ AGES, ramo Prefecturas, tomo 112, año, 1840-1847.

De acuerdo con el informe del subprefecto, él mismo habló con el general para disuadirlo de sus propósitos, pero esta vez no encontró eco a su petición:

[...] me contesto con tono insufrible y altanero, que su objeto era poner en libertad al espesado Conejo, ir al Altar a reclamar la causa por que tenían presos a sus parientes y a los Pimas y Papagos; y que así como habían en la mañana estado haciendo flechas, también hubieran hecho rifles y cañones si supiesen⁷.

El cambio de actitud de Bacasegüi no fue fortuito puesto que tenía a su cargo más hombres de los que podía reunir el subprefecto, además, es casi seguro que estuviera informado que un grupo de yaquis provenientes de los ocho pueblos tradicionales estaban reuniéndose en la hacienda La labor y El chino gordo. Aquí hay que tomar en cuenta que ambas fincas se encontraban a las orillas del río Sonora en conjunto con otras, como el Zacatón y el Álamito todas las cuales tenían cientos de indígenas empleados como peones, por lo cual sí constituía una amenaza muy real el hecho de que yaquis de los ocho pueblos eligieran una de ellas como punto de reunión.

Los indígenas reunidos en La labor permanecieron acampando en los terrenos que la rodeaban, además iban y venían entre esta hacienda, la de El chino gordo y Santa Ana, es decir, estaban en contacto permanente con todos los indígenas involucrados en este inicio de la rebelión que finalmente estalló, aproximadamente, en septiembre ya para la primera quincena de octubre las autoridades de Magdalena reportaron que los indígenas que habían acudido a las fiestas estaban sublevados y que el general Bacasegüi e Ignacio Conejo eran los líderes de la rebelión.

En el mes de octubre la rebelión era un hecho, aunque no se había generalizado, todavía algunos indios seguían acampando a las afueras de La labor y a ellos seguían uniéndose indígenas de otros pueblos y haciendas. Puede parecer extraño que estos indígenas no se unieran a la rebelión, sino se toma en cuenta que el hecho de que estaban ocupados en fabricar armamento mismo que seguramente hacían llegar a los rebeldes, ¿cómo?, probablemente con los mismos emisarios que las autoridades identificaban como mensajeros que recorrían los poblados cercanos a San Ignacio, Magdalena, Santa Ana y Santa Martha.

La rebelión iniciada en el festejo de Santa Magdalena se generalizó, aparentemente, a partir de noviembre que la incorporación de otros líderes indígenas y por consiguiente de los grupos que comandaban. La figura de Sobarso (sic) y Tánori (probablemente Juan Tánori) comenzaron a aparecer en las fuentes consultadas⁸ como líderes de los indios rebeldes. Asimismo, se empieza a registrar la presencia de indios aliados a las autoridades, sin embargo, el análisis de la participación de estos últimos rebasa los límites de este trabajo.

COMENTARIOS FINALES

El papel de las fiestas patronales en las rebeliones indígenas de Sonora todavía está poco estudiado. En esta ponencia hice un primer acercamiento a la alianza de yaquis, pápagos y ópatas en una rebelión que inició durante las festividades de San Ignacio y Santa Magdalena. El contexto de la fiesta dio a los yaquis la posibilidad de que un gran número de ellos ingresara en el pueblo de San Ignacio sin despertar sospechas. El marco de la celebración, también, hizo que el ambiente fuera adecuado para que los líderes yaquis pudieran presentar sus demandas a las autoridades del pueblo, las cuales entraron en negociación con ellos hasta que la fiesta finalizó, a partir de ese momento los acontecimientos se fueron encaminando hacia la rebelión.

Ciertamente falta mucho por estudiar, en el caso de Sonora, respecto a las fiestas patronales como contextos propicios para el inicio de una rebelión indígena, sin embargo, con esta ponencia he querido dar un primer vistazo a esta temática que pude seguir enriqueciendo la historia de los pueblos originarios de Sonora.

REFERENCIAS

- BÁRCENAS, Francisco López: *Rebeliones Indígenas en la Mixteca. La consolidación del Estado nacional y la lucha de los pueblos por su autonomía*. México: Centro de Orientación y Asesoría a Pueblos Indígenas, A. C., MC editores, 2007.
- BARTLETT, John Russel: *Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, Sonora and Chihuahua*, vol. II. New York: D. Appleton & Company, 1854.
- BOX, James: *Cap, James Box's Adventures Anda Explorations in New and Old Mexico*. Londres: Dalton House, 1869.

⁷ AGES, ramo Prefecturas, tomo 112, año, 1840-1847.

⁸ AGES, ramo Prefecturas, tomo 112, año, 1840-1847.

- NAJARRO, Margareth: «Los Veinticuatro electores incas y los movimientos sociales y políticos. Cusco: 1780-1814». Manuel CHUST; Claudia ROSAS (eds.), *El Perú en revolución. Independencia y guerra: un proceso, 1780-1826*. Castelló de la Plana: El Colegio de Michoacán A. C., Universitat Jaume I, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica de Perú, 2017.
- NELSON CASTRO F.; HIDALGO, Jorge; BRIONES, Viviana: «Fiestas, Borracheras y Rebeliones. (Introducción y transcripción del expediente de averiguación del tumulto acaecido en Ingaguasi, 1777)», *Estudios Atacameños* 23, 2002, pp. 77-109.
- NORIEGA, Sergio Ortega: «El Sistema De Misiones Jesuítica 1591-1699». Sergio ORTEGA NORIEGA; Ignacio del RÍO (eds.), *Tres Siglos De Historia Sonorense 1530-1830*. Vol. 49. Novohispana. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, pp. 42-93.
- RAMOS, Raquel Padilla: *Los partes fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación Yaqui*. Universidad de Hamburgo, 2009.
- STONE, Charles P.: *Notes on the State of Sonora, 1861*. Washington: Henry Polkinhorn Printer, 1861.